

termina de admitir y con toda humildad que esta es su primera vez.

-¿Y a qué se dedicaba anteriormente? - quiso saber la que había extraviado el medio canutito, aunque sin detener su tarea de buscar, y por lo bajo, a su marido...marido por que esposo se le figura engolado, marido está bien, piensa, aquiescente, sentada en su taburete y hojeando sin interés una revista quincenal femenina en tanto aguarda que llegue la hora de sacar a la venta las entradas para la sesión siguiente...por lo bajo -: ¿qué tal vamos de tiempo?

-No se angustie, aún nos sobra.

-¡Ahora! - una voz chillona en la fila diecinueve, la última butaca junto al pasillo que "muy lateral", había protestado.

-Pues haber venido antes - sin dejar de pasar, con la mano libre, las páginas por las que desfilan, con su mejor sonrisa, los seres fantásticos de su convencional olimpo satinado.

-Permiso...permiso...permiso...¿y este paraguas? - una señora delgada y reseca, de expresión que se vería adusta si no fuera porque ya se van apagando las luces "señoras y señores la representación va a continuar".

-¡Dios mío, me va a dar algo! - renunciando, sumisa, a seguir con la búsqueda la esposa -, ¿qué pasa ahora?

-Tranquila, parece que se ha topado con un paraguas atravesado.

-¿Paraguas? - y alzando un enojado dedo acusador -: Caballero, no sé quién pueda ser usted pero si fuera, como pretende, mi marido estaría usted ya aburrido de saber que en la fila siete, lado pares, jamás ha habido, ¡nunca!, ningún paraguas...¡pedazo de absurdo!

-Perpetua, por favor...

-¡Serenidad - en susurros, un anciano de voz temblorosa desde el número cinco, fila dieciseis -, ya llega! - y explica que, a causa de la lluvia, un señor que había salido de casa sin más proyectos que el dar vueltas sin rumbo había decidido guarecerse.

-Pero, en tal caso - una señora a la que podía oírse cómo le temblaba la papada - ha de sobreentenderse que es que no llevaba - y proclamó -: ¡señoras y señores, aquí está ha